

Don Porfirio Díaz

SEGUNDA ÉPOCA

La envidiable y brillante carrera militar del general Díaz, alcanzó nuevos lauros en 1871, cuando mantenedor de las instituciones constitucionales, se alzó en armas para defender aquéllas, proclamando el «Plan de la Noria,» el 8 de Noviembre del citado año, cuando su partido lo eligió candidato para la presidencia de la República.

El noble patricio Juárez, falleció en Julio de 1872 y como presidente de la Corte Suprema, se encargó del mando el señor Lerdo de Tejada, electo en propiedad poco después, para ocupar el sillón presidencial.

Densas y amenazadoras eran las nubes que empañaban el horizonte político, sobre todo desde 1873, y el malestar general, se traducía en conatos de rebelión y en protestas contra el gobierno nacional. (Véase Lerdo de Tejada.)

Las turbulencias aumentaron por las leyes de expulsión contra los jesuitas y las hermanas de la caridad, tomando carácter religioso y subió de punto la excitación pública, por otras disposiciones arbitrarias.

El notable escritor general Riva Palacio y el caricaturista Villasana, no se ocultaban para ridiculizar al presidente, demostrando la completa impopularidad y el total desprestigio del presidente.

La revolución estalló en Oaxaca, al tratarse de reelección y tomó carácter peligroso, cuando el general Porfirio Díaz desconoció al gobierno de Lerdo haciéndose caudillo del levantamiento, con la base del plan de Tuxtepec, reformado después de ocupar el puerto de Matamoros y de la victoria de Palo Blanco (Tamaulipas.)

Conocidísima es aquella campaña coronada por el éxito, más rápido y más feliz, no escaseando en ella los episodios, que avaloran en el general Porfirio Díaz, su serena y práctica iniciativa.

Su vuelta de los Estados Unidos, fué por demás accidentada, pues si bien al embarcarse en Nueva York, en el vapor «City of Havana» con escalas en Tampico y Veracruz no tenía riesgo, por estar perfectamente disfrazado y bajo el nombre del Doctor Ramírez de la Rosa, médico cubano, podía sin embargo ocurrir lo inesperado, lo imprevisto, como sucedió.

El vapor tomó pasajeros en Tampico y éstos eran oficiales y soldados del gobierno, vencidos en Matamoros, que á primera vista reconocieron al general vencedor.

Aquel viaje á los Estados Unidos y el regreso, obedecía al plan de acercarse por mar á las fuerzas oaxaqueñas y al centro principal de acción: reconocido por sus enemigos, podía tener desenlace funesto y comprometer el triunfo de la revolución.

Su captura era de alta importancia para el coronel Arroyo, que mandaba la tropa embarcada, y desde luego y como base de ascenso, vigiló, par aque el temido jefe no se evadiese, á pesar de que el vapor estaba fondeado lejos del puerto.

En la barra de Tampico, abundan los tiburones, pero el general Porfirio Díaz, no vaciló puesto que á bordo le acechaba mayor peligro; desnudarse y saltar al mar, fué todo uno, zambulléndose y nadando vigorosamente. «Hombre al agua,» gritaron desde el vapor, y á poco se destacó un bote en persecución del fugitivo.

La caza fué vigorosa y tenaz: el intrépido nadador burlaba á los perseguidores, pero consumía sus fuerzas, sin adelantar á punto de salvación. Culebreaba el bote: el general hacía prodigios para ganar terreno, pero habíase ofuscado y lo perdía más bien.

De un vapor le ofrecieron auxilio: lo rechazó, continuando aquel extraño combate, hasta que la naturaleza le negó su apoyo y hubo de asirse al propio bote enemigo.

Aniquilado y exánime, pero conservando la conciencia de lo que sucedía, fué conducido á bordo del «City of Havana.» Allí, se defendió, en su camarote con una pistola cuando el coronel Arroyo, quiso apoderarse de él como preso.

El capitán del vapor, tomó partido por el general Díaz, y como llevaba bandera norteamericana, lo amparó con ella, llevando su interés fraternal hasta proponerle el traslado á un buque de guerra americano, lo que no aceptó, aún cuando no desistiendo de su propósito, é intentando ponerlo en práctica aquella misma noche; que por lo nebulosa, se prestaba á su plan.

No lo aprobó el contador del buque, amigo fiel del general Díaz, sino que le propuso otro más seguro, si bien penoso por extremo, y que se puso en ejecución: un salvavidas fué arrojado al mar, para ser delator de su segunda evasión y el heroico mejicano, se asiló en una alacena, en el camarote del contador Coney.

La cólera de Arroyo, no tuvo límites, al darse cuenta de la fuga y en vano se lanzaron botes al mar, para capturar al prófugo: el salvavidas fué el rayo de luz que dió la creencia á los enemigos de que el general Díaz habría sido presa de algún tiburón.

El escondite era por demás pequeño y dada la estatura del noble liberal, tenía que permanecer encorvado horas y horas, sin sentarse y oprimido en el espacio reducidísimo, sobre todo en la velada, cuando los oficiales reían, charlaban ó jugaban con el contador.

El viaje duró siete días hasta Veracruz, donde le esperaban sus partidarios y no sin graves riesgos, logró llegar á Tuxtepec y al campamento del general Vela, donde tomó el mando de las tropas y la dirección de aquella campaña de tan portentosos resultados, pues que triunfante la revolución, hizo el general Díaz, su entrada en México el 24 de Noviembre de 1876.

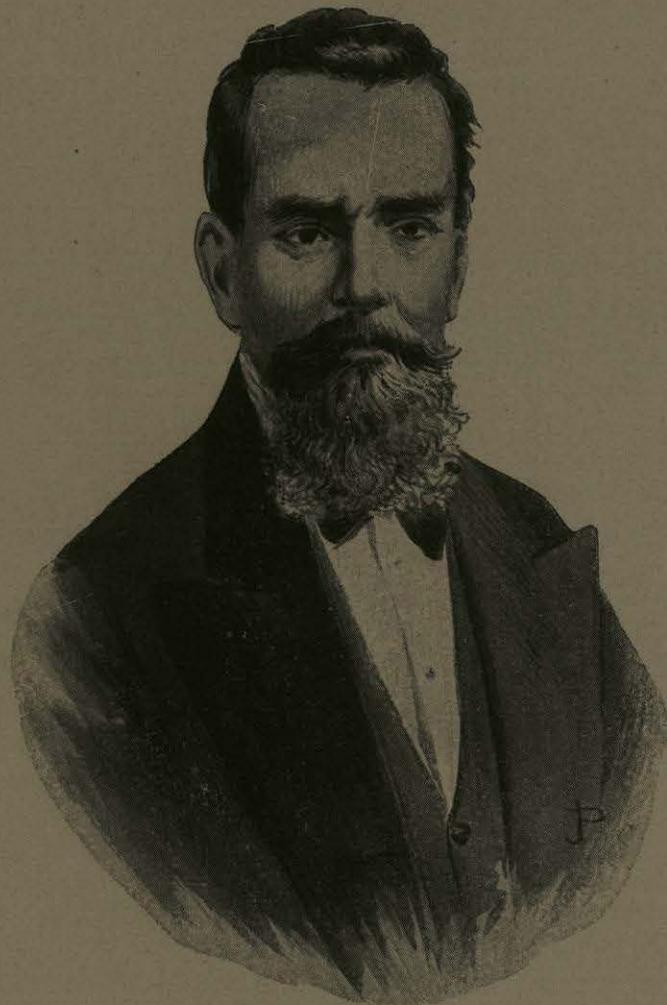
El presidente Lerdo, huyó á Nueva York.

Hay mucho de legendario en la vida militar del general presidente de México, Porfirio Díaz.

Citaré un rasgo revelador de su generosa benevolencia.

En la batalla de Tecoal, ganada por las tropas constitucionales hubo multitud de prisioneros encontrándose entre éstos, el teniente coronel Arroyo. Al verlo, sin sombra de rencor, ni de altivez, le dijo el victorioso general:

—Queda usted ascendido á coronel, porque es su grado inmediato, que sino, le daría el empleo de general, que tanto ha pretendido.



GENERAL DON MANUEL GONZALEZ
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. — Año 1880

Don Manuel Gonzalez

Era hijo de un agricultor, al que la fortuna no había prodigado sus favores y que los escasos haberes con que contaba, los perdió en la lucha del centralismo al tomar parte activa arma en mano, á las órdenes del general Canales, y no sólo don Fernando González, hubo de retirarse al Estado de Nuevo León, sino que combatiendo como buen patriota contra los norteamericanos, murió en una de las batallas en 1847.

Don Manuel González, nació en Matamoros, Estado de Tamaulipas, el 18 de Junio de 1833 y al quedar huérfano de padre, siendo muy niño y bajo el amparo de un pariente cercano, se dedicó al comercio.

En 1851 luchó contra los filibusteros en las filas de la guardia nacional y decidido por la carrera de las armas, sentó plaza de soldado en 1853, en la segunda compañía del primer batallón de línea, con el noble propósito de alcanzar ascensos solo por el influjo de sus propios méritos.

En 1855 fué destinado con su batallón á la fortaleza de San Juan de Ulúa, permaneciendo allí hasta la fuga de Santa Anna.

La rebelión de la brigada de artillería en la fortaleza, tuvo por activo enemigo al subteniente González, que auxilió eficazmente para sofocarla.

En el combate de Ocotlán (1856,) se batió bizarramente y su mismo arrojo, fué causa de que más adelante cayese prisionero en Puebla.

Tenía fama González, de militar por demás intrépido, distinguiéndose por esas condiciones, en los encuentros y acciones de Matamoros, Urzucar y Puebla.

Huellas había en su cuerpo, traductoras de su valor y ganó por ellas su ascenso á comandante: con sus tropas, fué incorporado á la división del general Echegaray, cada vez con hoja de servicios más intachable y gloriosa.

Era además de buen soldado, agradable compañero, por su carácter franco y conciliador, así como también por la sencillez de su trato, para con sus subordinados, cualidad sobresaliente característica y que tuvo ocasión de apreciar, cuando el general González, ocupaba la presidencia de la República.

Siempre en los puestos de mayor peligro, se hizo acreedor á que sus jefes, en el ataque de Orizaba, se manifestasen satisfechos de su comportamiento, no menos que en San Juan de la Punta, en Omealca, Cotaxtla, la Soledad y Barranca de Jamapa.

No era González, de los militares que economizan su sangre, para el servicio de la patria y más de una vez, arriesgó su vida, con temeraria audacia.

Como soldado, tenía muchos puntos de contacto con los aventureros de la conquista, hasta en los defectos de codicia é incontinencia, compañeros inseparables suyos, hasta su muerte.

En el paso del Durango, fué herido gravemente, pero con nuevo brío se batió después en Tlaxolula, al mando del general Robles Pezuela y en la disputada acción de Tortitlán del Camino, contribuyó con su sereno arrojo á la derrota de las fuerzas, que mandaba don Ignacio Mejía, tomando las posiciones que ocupaba aquel jefe en Tamazola, el 3 de Enero de 1860; tal fué su decisión, su habilidad militar, que ganó en el campo de batalla, el grado de teniente coronel. Otra herida gloriosa puso en riesgo singular á Manuel González, pues una bala de fusil, le atravesó el pecho y tardó largo tiempo en reponerse.

De nuevo cayó prisionero en el famoso combate de Calpulalpán, y no bien disfrutó de la anhelada libertad, continuó la defensa de sus ideales políticos, hasta 1861, que conocedor de la Convención reunida en Londres, para dictaminar sobre las disenciones de México y poner coto á ellas, marchó á la capital en Diciembre de 1861, é incondicionalmente, ofreció su espada y sus servicios al presidente Juárez.

Poco después llegó al puerto de Veracruz la escuadra española, que conducía al general Prim y á las fuerzas expedicionarias.

González, hizo caso omiso de la lucha de partidos, pensando únicamente en defender la integridad del territorio mejicano contra la ambición del Emperador francés, que creía encontrar en él, ancho campo propicio para los intereses franceses.

Fué por entonces jefe del Estado Mayor de las tropas que mandaba el infatigable patriota Porfirio Díaz, quien, por cuestión de principios no había estado muy de acuerdo con González, pero puestos en contacto íntimo al cambiar ideas, al emitir opiniones, se hicieron fidelísimos amigos y constantes compañeros de armas.

La contienda patriótica, el incesante pelear por la noble causa, la persecución de todas horas, la hostilidad de cada instante, la lucha inquebrantable, contra el invasor, fué el aguijón más fuerte para el patriotismo de González, que no descansó en la guerra, siguiendo las huellas del perseverante general Díaz, enemigo declarado del Imperio y de los invasores de su patria.

Manuel González, fué ascendido en el campo de batalla á general de brigada acordándole el presidente Juárez el cargo de gobernador de palacio, justo premio á sus grandes servicios y recompensa de la intrepidez con que se batió en el sitio de Puebla, donde herido en el momento de recia lucha, hubo de hacérsele la amputación del brazo derecho.

En 1871 salió electo diputado al Congreso por el Estado de Oaxaca y al posesionarse el señor Lerdo de Tejada, de la presidencia de la República, en 1872, fué de aquellos que desaprobaban la política del primer magistrado y unido á patriotas insignes tales como los generales Porfirio Díaz, Rocha, y Cor-

tina, tomó parte en la evolución revolucionaria que estalló en Marzo de 1876 y que proclamaba la no reelección, según el plan de Tuxtepec. Tomó parte González, en toda la luctuosa campaña, siendo muy eficaz su concurso como lo fué también más tarde en el gobierno de Estado de Michoacán, donde llevó á efecto mejoras administrativas de alta trascendencia.

Estableció un correcto sistema penitenciario, expidió una ley reglamentaria de instrucción pública por extremo benéfica, dejando el alto puesto que ocupaba, para continuar sus servicios como senador de la República.

El 29 de Abril de 1878, renunció el general Ogazón, la secretaría de Guerra y Marina y el general presidente Porfirio Díaz, llamó para el desempeño de aquel ministerio á González.

La Cámara de diputados, en Septiembre de 1880, declaró electo para presidente de la República al general González, elección confirmada por decreto del general Porfirio Díaz, fecha 28 de Septiembre del citado año.

Apoyado por el general Díaz, ascendió el general González, á la primera magistratura de la República en 1.º de Diciembre de 1880 rindiendo su período el 30 de Noviembre de 1884. Son muy diversas las opiniones emitidas sobre la administración del general González, pero sobresale en todas, que, con grandes dificultades llegó al término legal de su mando.

En Agosto de 1884, reanudó las interrumpidas relaciones diplomáticas con Inglaterra, verificándose el canje de ratificaciones el 27 de Octubre, del mismo año.

Uno de los sucesos más plausibles de la administración González, fué la inauguración de la línea Central mejicana, entre México, y Paso del Norte (hoy ciudad Juárez,) que tuvo lugar el 22 de Marzo de 1884.

Las reclamaciones relacionadas con las vías férreas, hicieron indispensable la reforma en los sueldos oficiales por lo que el proyecto de conversión de deudas, apoyado por el presidente, fué motivo de la oposición unánime del Congreso, tanto más significativa cuanto que hasta entonces había estado siempre solícito para la voluntad presidencial: el miembro más joven en la Cámara, Mirón, desplegó toda su elocuencia para el ataque, secundado por el ilustre poeta Guillermo Prieto, ex-ministro á la sazón.

No faltaron manifestaciones en contra entre otras la de los estudiantes, hasta que el proyecto de conversión fué rechazado. (Enc Britt.)

En la primera época del mando presidencial de Porfirio Díaz, habíase encauzado ya la legalidad en todos los ramos y muy en particular en el de Hacienda, que empezó á mejorar considerablemente, pero al ascender el general González, quedó estacionada la buena marcha, ó mejor dicho tuvo verdadero retroceso, por la malversación de fondos públicos y grandes abusos administrativos.

El general González, entabló negociaciones con los tenedores extranjeros de valores mejicanos, para el arreglo y reconocimiento de la famosa deuda inglesa, que promovió borrascosas sesiones en el Congreso, por el convenio ajustado entre el Gobierno y Mr. Eduard Noetzlin, delegado de los poseedores de bonos.

Se agriaron los debates de tal suerte, que sólo tuvieron lugar desde el 15 al 19 de Noviembre, dejando aplazada la ardua cuestión para que la resolviese el general Porfirio Díaz, que el 1.º del próximo Diciembre, debía ocupar de nuevo la presidencia.

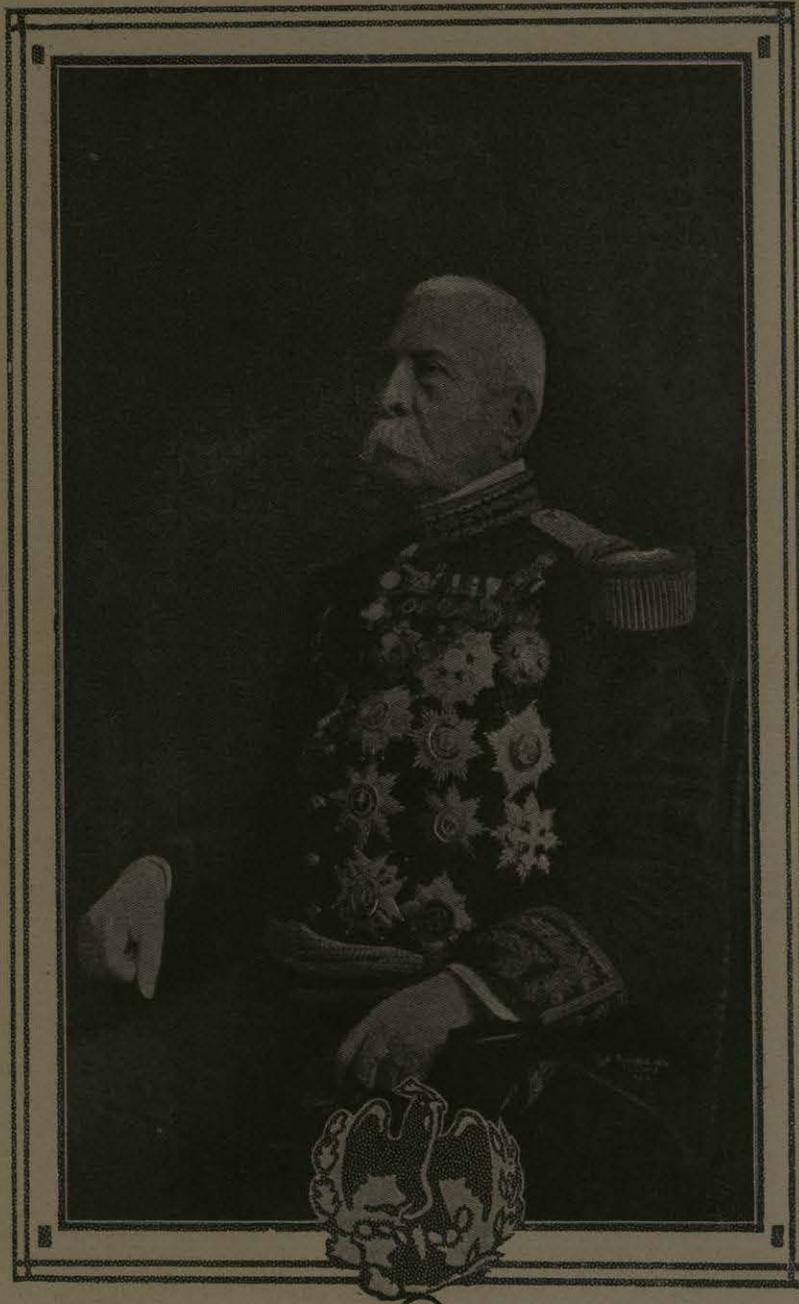
Fué tal la excitación producida por el asunto de la deuda inglesa, que dió lugar á que el pueblo se amotinara en las calles de la capital, por más que estuviera animado por el deseo de la restauración del crédito público mediante el reconocimiento de la deuda extranjera. (Mexican year book.)

Préstase la administración González, á severas apreciaciones, porque es deber del historiador poner en evidencia y dar luz, sobre sucesos, que aun cuando tienen carácter privado, se rozan con la vida pública; pero por ser demasiado recientes podrían carecer de riqueza de datos, que estableciesen sin dar lugar á duda, la verdad histórica muy particularmente en la espinosa cuestión del peculado, y de otros acontecimientos que han de apreciarse en próxima generación, bajo su verdadero punto de vista, salvando, ó condenando, imparcialmente á los que hayan tomado parte en aquéllos.

Lo que sí afirman varios biógrafos es que hubo gran corrupción en la Hacienda nacional, y «que después del período de gastos para las construcciones ferroviarias sobrevino la es-

»casez y no se pudieron pagar los servicios administrativos
»más necesarios:» así se lee en las páginas del libro «México:
Su evolución Social» y algo más, que creemos un deber su-
primir por las razones anteriormente expresadas, pero sí es
fama, que al descender de la presidencia y entregar el mando
el 1.º de Diciembre de 1884, á su sucesor el general Porfirio
Díaz, éste encontró *vacías* las cajas del tesoro público y sin
cubrir las más perentorias necesidades de la República, como
habere; de las clases pasivas, empleados y otros pagos ur-
gentes.

El general don Manuel González desempeñó el cargo de
gobernador de Guanajuato después de su período presidencial,
y falleció el 10 de Abril de 1893.



EL GENERAL PORFIRIO DIAZ

Don Porfirio Díaz

TERCERA ÉPOCA Y SUCESIVAS

Puede afirmarse que en 1876 concluyó la vida militar del héroe, del guerrero insigne y dió comienzo, la del gobernante que ha colocado á México, en altura colosal, por su adelanto, su crédito sólido y el orden que es la base de confianza para las empresas extranjeras.

Como caudillo, escaló el general Díaz todos los puestos, hasta llegar al más culminante: como estadista y legislador, fácil es juzgar su obra sabia y meritoria: como jefe del Estado, ha sido el *Regenerador* de esa patria aniquilada por la lucha civil, palpitante años y años, porque la tregua de paz y de concordia, era siempre corta y el esfuerzo hecho por algunos de los presidentes, para cimentar un porvenir próspero, resultaba siempre estéril, porque nuevos ambiciosos del mando se lanzaban arma al brazo á derrocar al gobierno, ó á mantener al país en continua efervescencia.

El general presidente Porfirio Díaz, «es el primero en América» que ha sostenido el mando durante siete reelecciones consecutivas en beneficio palpable para México: en ese lapso de tiempo se ha operado la total transformación de la República, hoy tranquila, próspera y consagrada á explotar la riqueza de su suelo.

El sufragio libre, lo elevó á la presidencia, como demostración popular de gratitud hacia el singular ciudadano, que había sido el sostenedor de los derechos de la nación, en los campos de batalla y el reformador prudente, en los cargos públicos por él desempeñados.

Existía además y ha prevalecido hasta hoy, en favor de ese prestigio la confianza que su honradez y su probidad acrisolada le han grangeado y recuerdo un episodio demostrativo y de alta significación.

Concluído el primer período presidencial en 1880, el primer magistrado de la nación, carecía de recursos para finalizar la obra de su casa de la calle Humboldt, y pidió al Banco Nacional, ocho mil pesos prestados: debíale aquel centro bancario su estado floreciente y sin embargo, hubo quién en el Consejo de administración, votase en contra.

En México, se encontraba la autora de estas páginas y enorgullecida, supo, que el acaudalado español don Juan Llamedo, había sentido noble indignación, y que tomando la palabra, exclamó: «Otórguese la cantidad solicitada y yo soy responsable de que fielmente será reintegrada.»

La obra prodigiosa de reconstitución nacional, se inició desde la primera época de su mando, paralizándose en la de su sucesor, el general González.

Fué desde 1884 que electo por segunda vez, puso en práctica, cuanto en la mente había concebido en honra y provecho de su patria: entonces se encauzó esa era de crecimiento, de desarrollo, no interrumpida hasta hoy y las grandes obras emprendidas fueron nuncio de nacional prosperidad.

Los campos y ciudades adquirieron vida y movimiento á favor de la locomotora: imperó el trabajo, el progreso y la moralidad y con la más estricta economía y sabia administración, empezaron á fructificar los manantiales de riqueza pública.

Al tomar en mano las riendas del gobierno, en 1884, era preciso contrarrestar las azarosas circunstancias, que la total carencia de recursos, hacía más difíciles aun.

En Porfirio Díaz, se concentraban todas las esperanzas: él era el áncora de salvación, para todas las clases sociales, en aquellos momentos de angustia y desaliento, de paralización mercantil é industrial.

No se arredró el general Díaz, ante el cúmulo de dificultades y de trastornos, promovidos por el arreglo de la deuda inglesa y también por el terrible problema de Hacienda, que el gobierno anterior había hecho crítico por extremo.

De 1884 á 1894, el trabajo hacendista fué titánico y el presidente y sus ministros sorprendieron, asombraron al país, con las soluciones de problemas que parecían imposibles, por lo menos resolverlos en tan corto tiempo.

La bancarrota se imponía; la depreciación de la plata era amenazadora; todo había que crearlo; la administración era un caos; el abuso y el agio tenían carta de naturaleza en México, y la situación, no tenía sino zarzas y espinas para el gobierno.

Bajo ese punto de vista han de juzgarse los primeros diez años de la presidencia de Porfirio Díaz.

México *necesitaba andadores* y las robustas y enérgicas manos de un hombre superior, para sostenerlos, hasta que se consolidase fuerte y seguro de sí mismo.

La obra gigantesca se realizó y es pasmosa, por su magnitud.

Fuera preciso un voluminoso libro, para dar cuenta exacta de esa tarea ímproba, sin reposo, sin vacilación, que los años han hecho fecunda y que no ha tenido la rémora de cambios de gobierno, para desviarse del programa, ni torcerlo, á voluntad, ni darle diferente rumbo.

Las reelecciones sucesivas han consolidado la marcha política, extirpando el cáncer de las sublevaciones, aquietando los espíritus revoltosos, é inculcando en ellos la idea, de que el orden y el amor al trabajo, son el único cimiento, que sostiene y avalora, el crédito y riqueza, de los pueblos.

No han faltado conatos de insurrección: no han escaseado los ilusos dispuestos contra el régimen establecido, ni aspirantes á redentores, pero con mano fuerte se han reprimido unos, se ha castigado á otros y se ha hecho *generosa* renuncia de los *buenos deseos* de los últimos.

El general Díaz, á quien la autora de estas líneas ha tenido el honor y la satisfacción de conocer y tratar en particular, posee condiciones características que le han grangeado el afecto de conciudadanos y extranjeros: es franco, expansivo, benévolo, prudente y sagaz; sobresalen en el trato su sencillez y su naturalidad; su temperamento ha sido siempre robusto, resistente á la fatiga; es laborioso, sobrio y por extremo activo.

Para él, el hogar doméstico es un santuario en donde su adorable, ilustrada y distinguidísima compañera, presta la irradiación de su talento y de sus elevadas y generosas aptitudes, herencia de los ilustres padres don Manuel Romero Rubio, amigo que fué devotísimo para el general Díaz, su ministro de la Gobernación durante largos años, y que como soldado, como defensor de la independencia y libertad amenazadas por extranjerías tropas, ó bien en comprometidos puestos gubernamentales sobresalió por sus actividades y buen tacto en espinosas cuestiones administrativas.

La inteligente esposa de don Manuel Romero Rubio, fué doña Agustina Castelló, dama de altísimas condiciones intelectuales y orgullo de los salones mejicanos: tal era la madre de Carmen Romero Rubio de Díaz, que es en el hogar del guerrero y del gobernante, el complemento de todas sus glorias, de todas sus aspiraciones, de todos los ideales para el vencedor y el héroe.

Es el general Díaz de esos hombres que al estar en íntimo contacto con ellos, se imponen por su actitud y su carácter de verdadero republicano á la vez que de hombre de salón, pero sin orgullos ni altiveces.

En su mirada se refleja el genio, la penetración y la perspicacia.

La obra que está llevando á cabo el general Díaz es obra inmortal que se manifiesta en el progreso y desarrollo general: en los ferrocarriles de los cuales cinco grandes líneas enlazan á México con los Estados Unidos del Norte, es decir, el Central Mejicano á ciudad Juárez; Nacional de México á Nuevo Laredo; Internacional México, á ciudad Porfirio Díaz, y otros dos de menor importancia.

En 1876, contábanse seis líneas ferroviarias: en 1903 ya existían ochenta y siete las que recorren toda la República, á partir de la frontera Norte hasta las cercanías de Guatemala en el Sur; extendiéndose por dieciséis mil doscientos ochenta y cinco kilómetros, siendo inmensos los rendimientos en estos últimos años, y más aun, con algunas líneas ya iniciadas entonces y concluidas hoy.

Las estadísticas recientes, dan la medida de ese adelanto inmenso que se observa no sólo en los citados ferrocarriles,



DOÑA CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ
ESPOSA DEL PRESIDENTE DE MÉXICO

sino en correos y telégrafos, en la instrucción pública que ha llegado á tener un vuelo prodigioso, y en todo aquello de utilidad pública y de embellecimiento, pues la antigua capital de los aztecas, es una de las ciudades más hermosas, más aseadas y más risueñas, del nuevo Continente.

En pocos años, se han construído grandes palacios; útiles y extensos hospitales; institutos de ciencias; el adelantadísimo palacio del Poder Legislativo; el panteón nacional que estará consagrado á conservar los restos de los héroes de la Independencia; los infinitos jardines, parques, paseos, entre otros el de la Reforma que directamente conduce al histórico y suntuoso palacio de Chapultepec, que el general Díaz, ha embellecido considerablemente.

Otra de las obras titánicas llevada á cabo por el activo gobierno, es la del desagüe, que virreyes y presidentes, tomaron á su cargo, sin dar cima jamás á los proyectos, para que las aguas recogidas en las grandes lagunas, del pintoresco y su rival valle de México, tuvieran salida para evitar las inundaciones, y cuyo propósito ha sido coronado por un éxito feliz costando un total de 15.967,000 pesos, y á raíz de esa empresa no sólo colosal sino de perdurable utilidad, se pensó en el drenaje y saneamiento de la capital costando ya 5.714,982 pesos.

Las calles y extensas avenidas, están pavimentadas con láminas de asfalto, y el gran número de casas modernas, de palacios suntuosos y de establecimientos dignos de admiración por su pureza arquitectónica, prestan á México singular grandeza.

Esa red de grandes trabajos públicos, ese extenso cuadro de reformas; esa prosperidad existente en todas las clases, es labor *exclusiva* de la elevada inteligencia del general Díaz que apoya, favorece y auxilia toda empresa, todo proyecto, que pueda redundar en favor de los intereses nacionales, y para favorecerlos el gobierno, ha comprado el ferrocarril de Veracruz al Pacífico, que entronca con el ferrocarril mejicano y el Nacional de Tehuantepec, previsora idea política, para evitar los abusos de las compañías, perjudiciales á las transacciones agrícolas, industriales y mercantiles.

No existe el menor detalle administrativo, que haya escapado á la perspicacia del insigne mandatario, que jamás ha